

varlo de aquí para allá, lo deshizo completamente, llenándolo de nudos y lazadas. Y allí estaba Kitty, en medio de su obra, describiendo vertiginosos círculos en persecución de su propia cola.

—¡Ah perversa, malvada!— exclamó Alicia al tiempo que la levantaba en el aire y le daba un beso, para hacerle comprender que había caído en desgracia—. Dina debía haberte enseñado mejores modales. ¡A ti, te digo Dina, a ti! ¡Tú sabes que *debías* haberlo hecho! ¡De sobra lo sabes!— agregó, dirigiéndose a la gata mamá con un gesto de reproche y ahuecando la voz lo más que pudo.

Y luego de esta filípica, volvió a trepar al sofá, con la gatita en una mano y la maraña de lo que fué ovillo en la otra. Ya sentada, se dispuso a ovillarlo de nuevo, pero con su charla, hablándole al gatito unas veces, otras consigo misma, no era mucho lo que adelantaba. Kitty, sentada con mucha gazmoñería sobre las rodillas de Alicia, pretendía seguir con gran atención los progresos de la obra; de cuando en cuando alargaba la patita como si quisiera demostrar su buena voluntad de ayudar a la niña, si pudiera.

—¿Sabes qué día es mañana, Kitty?— empezó Alicia—. Si hubieses salido al balcón conmigo lo habrías adivinado; pero, claro, Dina te estaba aseando y no pudiste. Vi a los chicos cómo amontonaban leños, palos y maderas para la fogata... ¡No te imaginas cuántos juntaron! Pero hacía tanto frío, tanto frío, nevaba tanto, que lo tuvieron que dejar. Sin embargo, eso nada importa, mañana iremos a ver las fogatas, Kitty.

Aquí Alicia enrolló en el pescuezo de Kitty unas cuantas vueltas de lana para ver cómo le sentaba, pero la gatita hizo un movimiento brusco y el ovillo rodó por el suelo; ¡adiós trabajo de Alicia!

—No te puedes figurar, Kitty— prosiguió Alicia después que ella y la gatita se hubieron acomodado de nuevo—, lo furiosa que me puse cuando vi el estropicio que me habías hecho; faltó tanto así para que abriese la ventana y te plantara en medio de la nieve. ¡Y era lo que merecías, enredadora..., preciosa! ¿Qué hubieras dicho? ¡No me interrumpas!— añadió levantando el dedo—. Quiero analizar todas tus faltas. Primera: gritaste dos veces mientras Dina te lavaba la cara. ¡No lo niegues, puesto que lo oí bien claro! ¿Qué dices?— continuó, haciéndose la ilusión de que la gatita hablaba—. ¿Qué, te metió una pata en un ojo? La culpa es tuya. Si hubieses tenido los ojitos bien cerrados, a buen seguro no hubiera sucedido. De manera que no me vengas con excusas, y escúchame... Segunda: le tiraste la cola a Copo de Nieve cuando le puse la leche... ¿Qué, también tú tenías sed? ¿Y él, no?... Y Tercera: mira lo que has hecho con mi lana, ésta es la más grave y la más terrible. ¡Tres faltas, Kitty!; tres faltas, y aun no has sido castigada por ninguna. Sabrás que guardo todos los castigos para el viernes que viene. Suponte que reservara todos mis castigos para un día— prosiguió, hablando más consigo misma que con la gatita—. ¿Qué ocurriría al fin del año? ¡Me tendrían que meter en la cárcel ese día! O..., déjame pensar; suponte que el castigo hubiese consistido en dejarte sin cenar cada vez, cuando ese miserable viernes llegase, el perdón sería lo menos cincuenta cenas; ¡no quiero ni pensarlo! ¡Preferiría dejarlas que comerlas!... ¿Oyes, Kitty— prosiguió—, cómo resbala la nieve sobre los cristales? Parece que besaran las ventanas desde afuera. Yo me pregunto si la nieve ama a los campos y a los árboles, que los besa tan cariñosamente... Los cubre con una colcha blanca y hasta quizá les diga: «Dormid, queridos,